

## **LOS LIBRECAMBISTAS ESPAÑOLES EN EL SIGLO XIX: LA ASOCIACIÓN PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS**

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. José María Serrano Sanz\*

La gran polémica económica del diecinueve español fue la que protagonizaron los partidarios de la protección contra los del librecambio. La polémica en cuestión tuvo tres fases que, en un sentido aproximado, podemos hacer coincidir con los tres tercios del siglo. En la primera fase compitieron prohibicionistas, proteccionistas y librecambistas; en la segunda, los librecambistas parecían tener el viento a favor, mientras que en la última fase, los librecambistas fueron a contracorriente ante el empuje del proteccionismo.

A pesar de ser ésta la reconocida como gran polémica del siglo, falta una historia de aquellos debates, no hay biografías de muchos de los protagonistas y se carece de estudios sobre algunas de las organizaciones en las que se agruparon. Cubrir estas carencias es tarea de largo alcance, porque los materiales están dispersos o, simplemente, han desaparecido. Por esta razón es preciso seguir procedimientos laboriosos, recurriendo a la prensa de la época, a testimonios dispersos y publicaciones coetáneas. Para nuestra Real Academia la cuestión tiene además un interés especial, porque bastantes de los personajes significados en la polémica estuvieron sentados aquí.

Hoy me propongo hablarles a Vds. sobre la organización más representativa del movimiento librecambista, la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas*. Dividiré la exposición en tres partes. Me ocuparé, en primer término, de su proceso fundacional. Relataré después los años triunfales, que concluyeron con la ocupación del poder y, paradójicamente, con la desaparición temporal de la Asociación. Por último, me referiré a la reconsti-

---

\* Sesión del día 10 de febrero de 2015.

tución de la Asociación en 1879 y las actuaciones de los últimos años, hasta su desaparición definitiva.

\* \* \*

Comencemos por el principio. El lunes 25 de abril de 1859, a la una de la tarde, se celebró en el local de la Bolsa de Madrid, situado a la sazón en la plazuela de la Leña, la sesión constitutiva de la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas*. Según la prensa de la época, más de cuatrocientas personas abarrotaban el local y conforme los propios organizadores confesarían después: “el éxito excedió a las esperanzas de todos”. Iniciaba así su andadura una de las organizaciones económicas llamada a alcanzar mayor influencia en la España del diecinueve.

Por supuesto, antes de 1859 había librecambistas en España, pero hasta aquel momento habían combatido el prohibicionismo y el proteccionismo a título personal y no de un modo organizado, al contrario que sus rivales. Sólo en 1847, unos meses después de la gira que hizo por España Richard Cobden, el apóstol británico del librecomercio, se creó en Cádiz —centro neurálgico del librecambismo español en la primera mitad del XIX— una *Asociación Española para propagar las Doctrinas del Libre Comercio*, cuyo objeto no podía ser más trasparente. Sin embargo, su actividad fue tan limitada como efímera su vida. Muy otro estaba destinado a ser el caso de la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas*.

Para empezar, diremos que se trató de una creación a la hora europea. En este frente, la leyenda de una España decimonónica desconectada en todo del continente descarrila una vez más. En septiembre de 1856 se había celebrado en Bruselas un *Congreso Internacional de Reformas Aduaneras*, y en él se creó la *Asociación Internacional para las Reformas Aduaneras*, con sede en Bruselas y la misión de constituir secciones —comisiones, según la terminología empleada entonces— en Inglaterra, Holanda, Alemania, Cerdeña, España y Francia. Por España, había acudido al Congreso Manuel Colmeiro como delegado del Ministerio de Hacienda y Laureano Figuerola y Gabriel Rodríguez, en representación del Ministerio de Fomento. Además, otros seis congresistas, entre los cuales estaba José Echegaray, se inscribieron por su cuenta.

Los mencionados se hicieron de inmediato miembros de la Asociación Internacional a título individual, asumieron el encargo de crear la sección española y propusieron que la dirigiera Alejandro Mon. Mon era el autor del Arancel entonces vigente, aprobado en 1849, y, como hacendista y político de prestigio y proyección, los librecambistas tenían deseos de ganárselo. A pesar de

las limitaciones de esa norma, Figuerola sostenía que en cuestiones arancelarias España “no estaba tan atrasada como generalmente se creía en el extranjero” y que, desde luego, “marchaba delante de la Francia, ciudadela de los abusos económicos”. Por otra parte, dado el tono progresista o demócrata de casi todos los miembros más activos de la escuela economista, éstos procuraban tener a su lado figuras de todos los colores políticos y particularmente moderados. Era la garantía de que la preferencia por la libertad comercial no se encerraba, a ojos de la opinión, en los estrechos límites del liberalismo avanzado. Alejandro Mon podía proporcionar esa imagen, como después harían Luis M<sup>a</sup> Pastor o Antonio Alcalá Galiano.

De vuelta a España, se lo plantearon a Mon y éste aceptó el encargo. Sin embargo, según recoge la prensa de la época, iría dando largas a su realización práctica con el argumento de sus muchas ocupaciones. Atrapados con el compromiso adquirido, los promotores idearon la constitución de otra asociación para ir difundiendo las ideas económicas y sensibilizar a la opinión.

En este nuevo propósito fueron diligentes y el 27 de diciembre de ese mismo año crearon la *Sociedad de Economía Política*, a imagen de la francesa y la belga. En el acto participaron veintiún socios, que eligieron como Presidentes a Figuerola, Colmeiro y Cipriano Segundo Montesinos. El modo de trabajar sería el mismo de las sociedades hermanas; esto es, se celebraría una reunión mensual alrededor de una comida y se discutirían en ella temas previamente establecidos. Las reuniones estaban limitadas a los asociados, aunque se invitaba regularmente a la prensa. Con el paso del tiempo se sustituyó la comida por un té, para eludir ciertas críticas de los proteccionistas, que habían ironizado en la prensa sobre los que discutían de la crisis de subsistencias con el estómago lleno.

Se acordó además confiar a un periódico concreto la responsabilidad de transcribir las sesiones y publicarlas íntegras. Sería una especie de portavoz oficial de la Sociedad y el elegido fue, como no podía ser de otro modo, *El Economista*, un semanario fundado por Gabriel Rodríguez en 1856 y que duró hasta agosto de 1857. Entonces la Sociedad escogió como portavoz a *La Tribuna de los Economistas*, otro semanario dirigido por Enrique, hijo de Luis M<sup>a</sup> Pastor, que desapareció en 1858. El tercero de los periódicos fue la *Gaceta Economista*, cuya vida se prolongó desde 1860 hasta 1868 y fue también el órgano oficial de la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas*.

El viernes 2 de enero de 1857 celebró la Sociedad de Economía Política su primera reunión, en la que se habló del desarrollo de los estudios económicos en España y de la crisis de subsistencias. Para entonces los socios eran ya 53 y antes del verano habían rebasado el centenar. A partir de 1858 se le llamó, indistintamente, con su nombre original y *Sociedad Libre de Economía Política*.

En la reunión del 2 de marzo de ese año se habló ya de la necesidad de acelerar la creación de la asociación librecambista y algunos socios plantearon la conveniencia de sustituir a Mon, en el caso de que sus ocupaciones le continuaran impidiendo encargarse del asunto. Pero Colmeiro mantuvo que no se podía obviar el compromiso adquirido en Bruselas, por lo que pospuso cualquier decisión al respecto. Hasta noviembre, cuando el propio Colmeiro lo replantea y se acuerda que él, junto a Figuerola y Gabriel Rodríguez, hicieran un último intento de acercamiento. Por cierto, que en el mismo periódico en que se daba esta noticia, el 2 de diciembre de 1857, se anunciaba la elección de Laureano Figuerola como nuevo académico de Morales y Políticas.

Nada se adelantó a lo largo de 1858 y, finalmente, en la reunión del 24 de febrero de 1859 se decidió la ruptura de relaciones con Mon y el nombramiento de una comisión gestora que acelerase los trabajos. El tono, según recogía la prensa, era de abierta irritación por los dos años perdidos, a causa de “las demasiadas e inmerecidas consideraciones” que se habían dispensado a Mon, a cambio de las cuales se le reprochaba no haber ofrecido ni “una sola contestación de cortesía”. La decisión fue extraordinariamente eficaz, pues en dos meses estaba constituida la Asociación.

En la propia sesión de la Bolsa antes mencionada se aprobaron unas Bases o Estatutos, se propuso y eligió una amplia Junta Directiva y pronunciaron los primeros discursos Luis M<sup>a</sup> Pastor, Joaquín M<sup>a</sup> Sanromá y Gabriel Rodríguez. En la Junta estaban representadas las principales tendencias políticas: 8 moderados, 14 miembros de la Unión Liberal, 5 progresistas y 13 demócratas. La nómina era bastante impresionante y entre ellos había uno que llegaría a ser Jefe del Estado (Emilio Castelar) y dos futuros Presidentes del Consejo (Antonio Cánovas del Castillo y Práxedes Mateo Sagasta), aparte de varios otros que habían sido o serían ministros.

A pesar de una Junta tan nutrida —o quizá precisamente a causa de ello— en su primera etapa, el alma de la Asociación fueron el Presidente y el Secretario General, que permanecieron todo el tiempo en sus cargos. Luis M<sup>a</sup> Pastor había sido brevemente ministro de Hacienda en el gabinete moderado de Lersundi, en 1853, y diputado; fue académico de nuestra corporación y presidió también la *Sociedad de Economía Política*. Escribió varios libros sobre temas hacendísticos y financieros, fue un Presidente muy activo y su compromiso con la escuela economista fue completo. El Secretario General era Gabriel Rodríguez, ingeniero de Caminos y abogado, “un espíritu eminentemente práctico y batallador” que “no se contentaba con lecturas, estudios y discusiones íntimas; quería salir y salió a la lucha pública y ardiente”, diría de él su amigo Echegaray.

La primera etapa de la Asociación concluyó en el verano de 1869, con una declaración pública contra el recién aprobado Arancel Figuerola, sin duda,

un final inesperado en el momento fundacional. Dentro de esta primera etapa cabe a su vez distinguir tres fases: hasta 1866 la Asociación atravesó sus años dorados, con una actividad desbordante, desde entonces hasta la Gloriosa, en sus propias palabras, “languideció”, y entre octubre de 1868 y agosto de 1869, vivió unos frenéticos compases finales.

En los primeros tiempos, la Asociación hizo del *meeting* su forma de actuación predilecta, hasta el extremo de que Sanromá consideraba que “la aclimatación del meeting a España” había sido una de sus grandes aportaciones a las costumbres nacionales. Se trataba de reuniones mensuales celebradas en la Bolsa, abiertas al público, donde se discutían temas anunciados previamente en la prensa, dejando intervenir a todo el que lo solicitase. En casi todas las sesiones hicieron uso de la palabra defensores del proteccionismo, de manera que hubo más debates que propiamente discursos. A los organizadores no les importaba, convencidos como estaban de su completa superioridad doctrinal. Muy celebradas fueron también las *Conferencias librecambistas* organizadas en el Ateneo durante el curso 1862-63 y en las que intervinieron dieciocho miembros de la Asociación.

Para los economistas eran “tiempos aquéllos de actividad, de fiebre, de entusiasmo y de fe”, decía Echegaray, y por lo mismo alarmaron a quienes representaban intereses que se podían ver afectados. Por ese motivo, el Instituto Industrial de Cataluña allegó “poderosos elementos, especialmente en la prensa de Madrid” para tratar de contrarrestarla, dice el historiador oficial del Fomento del Trabajo Nacional. En efecto, fundaron un periódico rival, *La Verdad Económica*, y comisionaron a diversos publicistas para que escribieran sin descanso allí y en otros periódicos, en folletos y libros, supuestas refutaciones de cada proposición formulada por la Asociación. Incluso crearon varias organizaciones, por más que no llegaron a consolidarse, como fue el caso del *Círculo Económico Español*.

No será ocioso recordar que nuestra corporación participó también de aquel movimiento general de las ideas, dedicando varias sesiones, precisamente en el Curso 1859-60, a debatir sobre el tema: “De la conveniencia o inconveniencia de la libertad de comercio, atendidas las actuales condiciones de España”. Intervinieron en ellas tres miembros destacados de la directiva de la Asociación, Manuel Colmeiro, Antonio Alcalá Galiano y Laureano Figuerola, en defensa del librecambio, naturalmente, y, desde una posición más templada y escéptica, Claudio Moyano y Florencio Rodríguez Vaamonde.

En estos primeros años, por otra parte, la Asociación no se limitó a difundir la buena nueva del librecambio, sino que presentó al Gobierno propuestas de rebajas arancelarias concretas. Así, en 1860 pidió una rebaja general de los aranceles y en 1863 la libre importación de cereales para afrontar la crisis de subsistencias. En 1865 y 1866 participó activamente en la Información

arancelaria que abrió el Gobierno en relación al Derecho diferencial de bandera y los gravámenes sobre hierros, carbón y algodones.

Los objetivos perseguidos por la Asociación en esta fase eran dos: ganar a la opinión pública para la causa de la libertad de comercio y con ese apoyo, liberalizar la política arancelaria española. La liberalización tendría dos fases. En la primera debía acometerse lo más urgente, que era acabar con las prohibiciones, el derecho diferencial de bandera y los derechos sobre la exportación, además de facilitar la importación de cereales si había riesgo de una crisis de subsistencias. En una segunda fase habría que reducir los gravámenes sobre las importaciones hasta despojarlos de cualquier carácter protector, dejándolos en derechos meramente fiscales. Aquí habría terminado su tarea la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas*. Sería el momento de disolverla y transformarla en una *Asociación Libremercantilista Española*. El fin de ésta, en coordinación con otras asociaciones semejantes de diversos países, sería acabar con todos los derechos fiscales, para eliminar cualquier obstáculo al comercio. Claro que para llegar a ese punto deberían haber desaparecido en muchos países los gravámenes protectores y se deberían tener listos impuestos alternativos para compensar la caída de la recaudación. Habría llegado el momento del librecomercio universal.

Conviene aquí recordar que el librecomercio universal no era un objetivo último estrictamente económico, sino que tenía un componente político y hasta filosófico, que provenía del propio Cobden, para quien, en palabras de Bertrand Russell el libre comercio “era una profunda convicción moral”. Francisco de Paula Canalejas llegó a calificar la protección de “pecado mortal” y todos vieron en el librecomercio un motor de la fraternidad y la paz universal. “Sigamos con noble orgullo la bandera del libre-comercio, porque simboliza la paz”, diría en plena exaltación en un mitin, el catedrático y académico Santiago Diego Madrazo.

La dimensión económica dominaba, en cambio, en las estaciones intermedias del trayecto, donde las controversias llegaron a alcanzar a los propios miembros de la Asociación, como se vería en 1869. Antes de llegar ese momento transcurrieron los dos últimos años del isabelismo, en los cuales la actividad del grupo fue limitada. Ni siquiera conspiraron, recordaría años después Echegaray: “Yo hacía lo que hacían mis compañeros del librecomercio y del Ateneo democrático. No conspiraban, pues no conspiré”. Fue también el momento de las primeras decepciones, porque uno de los moderados del grupo, Luis González Bravo, alcanzó la presidencia del Consejo a la muerte de Narváez y no dio paso alguno hacia la liberalización comercial, a pesar de que en los mítines del grupo había dicho en alguna ocasión: “¡Ah! ¡Si yo fuera poder!”, aludiendo a su deseo imperioso de eliminar obstáculos al comercio. Era una frase que luego le recordarían a menudo.

El último acto de esta primera etapa de la Asociación transcurrió entre el triunfo de la Gloriosa y la aprobación del Arancel Figuerola, menos de un año después. Como adelantamos, acabó con la propia Asociación, pero no por haber triunfado, sino por las tensiones y desavenencias internas que padeció. Los hechos sucedieron así.

Sobre el papel el cambio político no pudo ser más propicio, hasta el extremo de que pareció que la escuela economista había tomado el poder. “El tiempo de la propaganda ha concluido”, sentenció Figuerola. Precisamente él era el nuevo ministro de Hacienda del Gobierno Provisional y nombró a Gabriel Rodríguez, Subsecretario. Eran una pareja popular. Hasta Benito Pérez Galdós los hizo desfilar juntos por los *Episodios Nacionales*, precisamente en *Prim*: “Llegó don Laureano Figuerola con la habitual placidez de su rostro y su expresión austera y benigna. Acompañábale Gabriel Rodríguez, alto, barbudo, bien encarado y con antiparras de oro. Venían del Suizo”.

La primera aparición pública tras el cambio fue para saludar a los miembros de la Asociación que habían retornado de la emigración. El domingo 18 de octubre, la víspera de la conversión de la peseta en unidad monetaria española, celebró la Asociación su primer mitin del tiempo nuevo. Y la reunión fue, a decir de la prensa, “una de las más animadas y notables” de su historia. Era tiempo de esperanzas y de transmitir a quienes estaban en el poder la confianza de todos. No se tomó otro acuerdo que nombrar una comisión con el encargo de acudir a visitar y felicitar a Figuerola y Rodríguez.

Sólo un mes más tarde, sin embargo, comenzaban las primeras muestras de impaciencia en el seno del grupo y en el nuevo mitin se acordó “escitar” (sic) al equipo ministerial a ser más activos con la reforma arancelaria. En diciembre parecía cundir el desconcierto por lo que se interpretaba incomprensible dilación en el asalto a las posiciones proteccionistas, de manera que en el mitin correspondiente se hizo una crítica más abierta y estuvo además a cargo de alguien de peso, Joaquín M<sup>a</sup> Sanromá.

En enero Figuerola reorganizó la Junta de Aranceles y le encargó un proyecto de reforma arancelaria. Para entonces estaba claro que el general Juan Prim, que se declaraba “proteccionista en minoría”, había conseguido de su amigo y correligionario Figuerola un compromiso de moderación. El papel decisivo del general Prim en todo lo que sucedió en relación con la reforma arancelaria está documentado y fuera de discusión. En febrero dimitió Gabriel Rodríguez, aunque el día 28 de ese mes, en un mitin de la Asociación, defendió elegantemente las razones políticas de Figuerola y concluyó: “No, no hay disensiones entre los libre-cambistas”. Era una frase para la prensa, porque sí las había.

El día 25 de abril se celebraba el décimo aniversario de la Asociación y se decidió realizar un mitin conmemorativo. Unos días antes se había presen-

tado en las Cortes el proyecto de nueva ley arancelaria, que no era siquiera el proyecto de la Junta, porque a su paso por el Consejo de ministros había sido modificado en sentido proteccionista. El propio Gabriel Rodríguez no pudo evitar hacer públicas sus diferencias: “Figuerola ha tenido que ceder como hombre político, pero nosotros no podemos aceptar su proyecto de reforma”.

En junio el enfrentamiento llegó a su cénit, cuando se presentó en las Cortes un Voto particular, encabezado por Gabriel Rodríguez, para pedir que el máximo de derechos protectores durante el periodo transitorio fuera el 25%, en lugar del 30 y 35; que los derechos fiscales finales fuesen el 10%, en lugar del 15, y que las rebajas hasta alcanzar estos últimos en doce años, fuesen anuales o bienales, desde el primer momento, en lugar de retrasarse seis años y concentrarse en los seis siguientes. Figuerola, por iniciativa de Prim declaró la cuestión “de gabinete” y ganó la votación, aunque confesó en las propias Cortes: “debo expresar este sentimiento de mi alma, cuando yo pronunciaba no, mi corazón y mi cabeza decían sí”. Algún periódico opuesto al ministerio (*La Época*) llegó a decir en esos días con regocijo que Figuerola iba a ser expulsado de la *Sociedad de Economía Política*.

Finalmente el día 12 de julio se aprobó el nuevo Arancel, aunque no apareció en la *Gaceta de Madrid* hasta el día 27. Al día siguiente de su publicación dimitió Laureano Figuerola, desgarrado entre la razón política y las convicciones doctrinales. El 5 de agosto la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas* dirigía una carta a la opinión en la que reconocía en el nuevo Arancel un avance, pero sostenía que dominaban sus insuficiencias, y declaraba solemnemente: “Deber es, por tanto, de la Asociación oponerse resueltamente por todos los medios a la subsistencia de ese arancel”.

Sin embargo, ese fue el último acto público de la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas* en su primera etapa. Un año después algunos periódicos de orientación liberal se preguntaban si es que los librecambistas habían conseguido el triunfo, visto el “marasmo” en que había caído la Asociación. Era más que eso, en realidad había desaparecido.

\* \* \*

Habría que esperar un decenio, casi día por día, para que se refundara la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas*. Esta segunda etapa se prolongó bastantes años más, pues la última noticia que hemos localizado de una actividad suya en la prensa es de 1903, si bien los últimos años fueron de muy escasa actividad.

Pero volvamos a 1879. Muchas cosas habían cambiado en los diez años transcurridos desde la primera desaparición de la Asociación. Por



supuesto en el orden político, la Restauración había puesto fin al período revolucionario. Pero en el ámbito arancelario —que es el que aquí interesa— también se habían producido novedades significativas. Es cierto que se había suspendido en 1875 la rebaja prevista en la Base 5ª, a causa de la guerra carlista, bien aprovechada por los proteccionistas, desnaturalizando así el proyecto de Figuerola.

Sin embargo, lo más importante era que el Arancel había acabado por ser generalmente aceptado como un éxito. Los políticos no querían oír hablar de cambios, porque la recaudación aduanera había aumentado de forma impresionante, doblándose en menos de diez años, tal y como previeran los reformadores. Los proteccionistas organizados, es decir los industriales catalanes, eran conscientes de que, en vez de cumplirse su propio vaticinio, que era la quiebra de sus fábricas, se habían apropiado del mercado que antes tenían los pequeños artesanos dispersos por toda España, que fueron quienes finalmente desaparecieron. Esto protegió al arancel de una vuelta atrás, proveyéndole de inesperados defensores en las primeras Cortes de la Restauración, como los ministros conservadores o los representantes del Fomento de la Producción Nacional. Pero también hizo que hubiera escaso interés en poner en marcha la aventura de la Base 5ª. *La Época*, el diario de la situación, lo resumía muy bien en 1879: “¿Se pretende, por ventura, volver atrás en la reforma arancelaria del señor Figuerola? De ninguna manera. Lo veríamos con desagrado. ¿Se pretende ir adelante en esa reforma? Nosotros nos oponemos.”

La nueva coyuntura permitía, por otra parte, una fácil reconciliación del grupo librecambista: el problema no estaba en el arancel, sino en la no aplicación de la Base 5ª. Así, en la prensa del 14 de abril se daba cuenta de una reunión preparatoria para la reconstitución de la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas*, celebrada en el *Círculo de la Unión Mercantil* bajo la presidencia de Figuerola, donde éste habría propuesto a Gabriel Rodríguez como Presidente de la nueva entidad. El histórico Pastor había muerto en 1872. En el otoño publicó Figuerola su libro sobre la reforma de 1869 y en él incluyó como Apéndice el Voto particular de los disidentes, aclarando que estaba con ellos “en perfecta comunidad de ideas científicas”.

Finalmente, el 16 de abril de 1879, se celebró la asamblea fundacional en el *Círculo de la Unión Mercantil* y, como estaba previsto, se eligió una Junta presidida por Gabriel Rodríguez y con Figuerola como primer vicepresidente. En enero de 1883, el propio Laureano Figuerola asumió la presidencia y Gabriel Rodríguez pasó a ser vicepresidente. Así continuó en adelante. Era más lógico, pues Figuerola era el auténtico decano del grupo y la personalidad más representativa de la escuela economista.

Comenzó entonces la segunda etapa en la vida de la Asociación, que fue muy diferente de la primera. No cambiaron las ideas defendidas, pero sí

hubo una transformación radical de la situación en dos aspectos decisivos para la organización: uno externo, el ambiente, y otro interno, los protagonistas.

En cuanto al ambiente. Se ha dicho ya que la Asociación se encontró con un clima crecientemente adverso en este periodo, y esto vale tanto para el ámbito internacional como para el español. Si la Asociación se formó como parte de un movimiento europeo de entusiasmo por la libertad comercial, el proteccionismo, que empezó en Alemania precisamente en 1879, pronto comenzó a ganar adeptos en el continente, como respuesta a la crisis agrícola de los ochenta. Es más, si a mediados de siglo, el país en el que inspirarse como encarnación del progreso era la librecambista Gran Bretaña, los líderes del crecimiento al final de la centuria eran Alemania y Estados Unidos, que marchaban en dirección opuesta.

Otro tanto ocurrió con el clima español, cada vez más favorable a las soluciones proteccionistas, a medida que la crisis agrícola iba recrudesciéndose durante los ochenta. Los agricultores comenzaron a organizarse y pronto fueron buenos aliados para los industriales. Por su parte los políticos eran crecientemente sensibles a la opinión, sobre todo a partir del establecimiento del sufragio universal masculino en junio de 1890. Cuando en 1891 Francia, inmersa en la ola proteccionista continental, se negó a negociar con España la renovación del Tratado comercial de 1882, que facilitaba la venta de vinos, los librecambistas se quedaron sin sus principales aliados del momento, los exportadores. Este fue el trasfondo del viraje proteccionista que tuvo lugar en la España de los primeros noventa y la razón de la escasa capacidad de reacción que mostraron los defensores del librecambio.

Un clima tan poco favorable hizo que la Asociación pasase de la estrategia propositiva y optimista de su primera etapa a otra reactiva y defensiva en la segunda. Los mítines ya no eran para ilustrar sobre las bondades del librecambio universal, sino para alertar sobre tal o cual injusticia o peligro arancelario, sobre los problemas que se iban a derivar de no tener un convenio comercial con cierto país. Los argumentos eran ya estrictamente económicos, con olvido de toda filosofía y de apelaciones a la paz universal.

El cambio de clima afectó, naturalmente, a los instrumentos de acción. Los mítines siguieron siendo el formato de comunicación preferido por la Asociación, aunque se abandonó el local de la Bolsa y se alquilaban teatros en Madrid, como el Alhambra, el Apolo o el de la Comedia. No hubo ningún periódico vinculado a la Asociación en esta segunda etapa y todos los mítines se publicaron en folletos. La programación estaba de acuerdo con la nueva estrategia reactiva. En lugar de tener una periodicidad regular, se anunciaban cuando consideraba la Junta directiva que la opinión pública era sensible a un problema. Por eso las campañas fueron muy dispares y decayeron claramente a medida que el público fue siendo menos proclive a las ideas librecambistas.

En esta segunda etapa los proteccionistas aparecieron muchas menos veces por los mítines. Lejos de ser una buena señal, indicaba que no los consideraban tan peligrosos como antes y que tenían medios más eficaces de oponerse a ellos.

De los 23 actos que convocó la Asociación en su segunda etapa, más de la mitad, 14, se celebraron en los cinco primeros años; en 1884 no hubo ninguno y, tras un breve renacimiento en 1885 (con 3 *meetings*, motivados principalmente por la polémica en torno al proyecto de Tratado con Gran Bretaña), el declive se hizo muy marcado. El tiempo del librecambio había pasado y la propia *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas* se mostró incapaz de reaccionar con eficacia, ni tan siquiera con energía. Sus dos últimos actos fueron un *meeting* en enero de 1892, algunas semanas después de aprobarse el arancel, y el que resultó ser postrero, celebrado el día de Navidad del año siguiente, 1893, en respuesta a otro de carácter proteccionista que había tenido lugar en Bilbao días antes. “Más notable por la calidad que por el número de los concurrentes” decía *El Imparcial* del día siguiente con mal disimulada ironía. En años posteriores se llegó a hablar varias veces en la prensa de la intención de la Junta directiva de la Asociación de convocar algún mitin, anunciándose incluso los oradores, pero no se llegó a celebrar ninguno más.

Sobre los protagonistas de la segunda etapa. En este aspecto los cambios fueron también profundos, aunque el protagonismo de Figuerola y Rodríguez pueda proyectar una falsa imagen de continuidad. Especialmente en relación con las posiciones políticas de los librecambistas, la situación era muy diferente, porque se perdió por completo el equilibrio de 1859, con moderados, unionistas, progresistas y demócratas, compartiendo el ideal.

Por una parte, no hubo empeño, como entonces, en buscar activamente el equilibrio o incluso aparecer como una agrupación sin matices políticos. Por otra, desde comienzos de los ochenta las preferencias de política arancelaria se polarizaron en torno a las opciones políticas: los liberal-conservadores se identificaron con el proteccionismo, los fusionistas con el oportunismo arancelario y la opción librecambista quedó en manos de los republicanos y la izquierda liberal. El cambio de clima condicionó las preferencias de los políticos y el librecambio acabó en los márgenes del sistema.

Los dos grandes presidentes del Consejo de la primera etapa de la Restauración ilustran bien los cambios producidos. Ambos habían formado parte de la primera Junta Directiva de la Asociación en 1859, pero ninguno se inscribió en la segunda etapa y llevaron a sus huestes en las direcciones indicadas. Cánovas, que era un verdadero intelectual, explicó su camino al proteccionismo como una conversión doctrinal. Lo hizo en un conocido opúsculo, en el cual el concepto de nación pasa a ocupar el lugar central en su visión de la economía. Esto sucedió en los ochenta, porque todavía en 1879, y en Barcelona,

se declaraba identificado con el ideal cosmopolita de antaño y el comercio como medio de alcanzarlo. Sagasta, un político de raza, no necesitaba lucubrar. El oportunismo le permitía mantener unido al partido en la ambigüedad e inclinarlo según la fuerza del viento; por eso sostenía que “como Gobierno, no era proteccionista, ni librecambista, sino mera y exclusivamente un hombre político”. Fray Gerundio, le llamó Gabriel Rodríguez.

De manera que republicanos y liberales de izquierda, muchas veces con la Institución Libre de Enseñanza como nexo común, conformaron el núcleo intelectual y político de la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas* en su segunda etapa. Gumersindo de Azcárate, que fue Secretario General en los ochenta, Manuel Pedregal, Joaquín Costa o Segismundo Moret, serían representativos de estas tendencias.

Había además otro grupo que provenía del ámbito de los intereses económicos, organizados alrededor del *Círculo de la Unión Mercantil*. El Círculo se convirtió en sede de la Asociación; allí se reunía la directiva y se celebraban las juntas generales. Ildefonso Trompeta, Miguel Moya o Constantino Rodríguez representarían esta tendencia en la Junta.

Desde los años noventa la Asociación tenía un problema en la falta de relevo generacional del núcleo histórico, mientras los que provenían del Círculo tenían mayor compromiso con éste. Acaso había pasado el tiempo de las agrupaciones de ideas y solo estaban en auge las que representaban intereses. El hecho es que las Juntas directivas empezaron a reeligieron sin cambios y la Asociación fue perdiendo pulso al ritmo al que iban desapareciendo de la escena sus personajes históricos. En cambio, el *Círculo de la Unión Mercantil* acabó por convertirse, durante unos años, en el portavoz de las posiciones librecambistas, como ocurrió en la gestación del siguiente arancel. Con un sentido meramente práctico y nulo interés por las teorías, por cierto.

\* \* \*

Y voy concluyendo. El viernes 8 de marzo de 1901 *La Época* alertaba a los intereses proteccionistas agrícolas y fabriles por la entrada en el Gobierno de Moret, individuo notorio de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas, a quien algún otro medio había pedido la derogación del Arancel de 1891 y el retorno al de Figuerola. Sería la última vez que la Asociación inspirase temor a sus adversarios. El 31 de octubre de 1903 el diario *El Imparcial* daba cuenta de la celebración de una reunión convocada por el *Círculo de la Unión Mercantil* para hablar sobre tratados de comercio, a la que habían acudido “en representación de la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas*”, los señores Segismundo Moret, duque de Almodóvar del Río,

Gumersindo de Azcárate y Rafael M<sup>a</sup> de Labra. Esta es su última huella pública. Precisamente en el mismo año, 1903, en que había fallecido su histórico Presidente —y el nuestro en aquel momento— Laureano Figuerola.

Por una de esas ironías de la historia, fue aquel ministro que inspiraba temor y uno de los últimos representantes públicos de la *Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas*, Segismundo Moret, el encargado de remarcar muy poco después el triunfo del proteccionismo en España. Era presidente del Consejo en 1906 cuando patrocinó la ley de Bases arancelarias que lo legitimó. “De los tiempos triunfales del librecombio queda, por desgracia en la realidad lo que a la hora de la tarde queda de aquellas primeras brumas de la mañana, que nos parecieron sonrosadas y encantadoras” diría en el Congreso.